



Editorial
Universidad de Antioquia®

¿Quién mató a Gerard Norton?

Óscar R. López Castaño

Con el fin de acercar a los lectores a su título, Óscar R. López Castaño, autor de *¿Quién mató a Gerard Norton?*, contesta a continuación las siguientes preguntas:

Al escribir *¿Quién mató a Gerard Norton?*, ¿cuál fue su motivación?

Resultó que debido a mi discapacidad visual actual yo ya no podía producir trabajos académicos, ya que no puedo ocuparme de la logística de buscar un libro, de leer al ritmo que demanda la academia, etcétera. Y una manera de mantenerme como profesor en la Universidad para la que trabajo, Saint Louis University, fue que me dieran beneficios como discapacitado, y en compensación a la no investigación, me he dedicado a la creación. Empecé a corregir historias que no había querido publicar y algunas que ya había publicado, y reuní un libro que tiene como tres temáticas o tres registros de cuentística: cuentos locales, sobre el barrio, sobre uno en particular, en Medellín, que fue en el que yo me formé, Campoamor, un barrio popular. Yo siempre fui muy sensible al lenguaje barrial y mi origen fue humilde, y con base en mi experiencia pude escribir las historias en el lenguaje propio de la comunidad barrial. Otras historias son más bien experiencias que surgieron en los Estados Unidos, a partir de mi vivencia como ser extranjero en un país que me ha acogido bien, pero que indudablemente ha implicado ganarme la posibilidad de no ser completamente un intruso; por ejemplo, experiencias en el barrio familiar de Estados Unidos al que me mudé, donde, inicialmente, creyeron que yo era mejicano y creyeron que “les iba a dañar el barrio”, aunque lentamente fuimos limando esas sospechas. Otros cuentos aluden a experiencias de profesores, algo que sin duda guarda relación con mi vida académica, tanto en Colombia como en Estados Unidos.

¿A ustedes les dijeron literalmente esas palabras: “nos van a dañar el barrio”?

No, en un momento dado —pienso en la historia que inspiró el cuento “¿Quién mató a Gerard Norton?”—, la esposa de Gerard, que actualmente se encuentra en un ancianato y que nos quería mucho, nos dijo cuando murió Gerard (que tenía otro apellido): “¡Qué increíble! Cuando ustedes llegaron, Gerard dijo: —¡Ah, llegaron mejicanos! Se nos dañó el vecindario. Pero él llegó a apreciarlos mucho”. Nosotros manteníamos la casa limpia, y esa es una manera de coquetearle al vecino gringo; disipa sospechas el hecho de tener la casa con buen aspecto por fuera; eso sí, ellos por dentro no la tienen bien, pero les gusta mucho la apariencia, y al ver que cuidábamos de la casa, poco a poco comenzaron a conversar con nosotros, sobretodo ella; el viejo nos estimaba, pero en realidad yo conversé muy pocas veces con él, y eso, en últimas, me dio pie para escribir esta historia. Todos los cuentos han surgido de una experiencia que me afectó. Es una especie de pacto entre el presente, la imaginación y un pasado que en parte pudo haber ocurrido.



Editorial
Universidad de Antioquia®

¿Qué siente que significa este libro en su trayectoria como escritor?

A partir de mi discapacidad tuve la oportunidad de empezar a sacar a la luz mi producción. Y me dije: tengo que escoger algo que me gane la atención de quienes sancionan, de quienes leen, de quienes evalúan, y probablemente, si este libro de cuentos gusta, puedo sacar otra producción de cuentos que tengo represada y que no había sacado porque tenía que dedicarme a sobrevivir con la academia, la que me daba el salario, el estatus y me permitía vivir con cierta dignidad. Con la publicación de este libro me siento muy motivado y he recibido comentarios de amigos, de personas en quienes yo creo cuando evalúan los textos literarios. Tengo material que estoy corrigiendo y, sin ningún afán, pienso que va a salir con mayor facilidad porque se rompió esa especie de muro que solo me permitía sacar en conjunto trabajos académicos. Si puedo seguir publicando obras de creación literaria, creo que ahora ese es mi destino.

Las historias que contiene su libro se desenvuelven en diferentes contextos, en los barrios de Medellín y en Estados Unidos. ¿Qué puede decirnos de las diferencias entre ambos espacios?

En los Estados Unidos suelen preguntarme mucho que si soy feliz allá, y yo respondo que feliz no, pero que sí vivo bien; y hay amigos gringos que se han molestado porque no les digo que soy feliz... el gringo es muy chovinista y cree que los Estados Unidos es el mejor lugar del mundo. En realidad, para mí es un negocio racional entre el lugar que me ofreció el mejor trabajo posible y la posibilidad de desarrollar la vida desarraigándome de mi familia, lo cual me produce no pocos sinsabores. Por eso vengo tanto a Colombia, cada vez que puedo.

Cualquiera que lea “Xóchitl” o “¿Quién mató a Gerard Norton?” notará que hay mucho de vida individual, de vida de soledad. Es la vida la que yo llevo en Estados Unidos, muy monacal, y es una sociedad del individuo en la que uno no se entera de qué le pasa al vecino; saludo a mi vecino más cercano como cuatro veces al año, y la conversación es: hola, cómo está el tiempo de frío, o qué calor hace... y ya. Uno, de cierto modo, se intoxica de silencio. Al contrario, en los cuentos en los que narro ubicado en las barriadas de Medellín, los personajes hablan mucho y yo trato de registrar los matices de su habla; no solo lo que es el sociolecto del barrio, sino que los individuos también tienen sus propias maneras de hablar de acuerdo con la localización geográfica, que hay lugares de la ciudad donde a las personas les gusta el tango, otros el reggaetón, otros la salsa; y yo fui de una generación para la cual el tango, la salsa, los boleros eran muy importantes. Bueno, en mi escritura hay mucha música soterrada; poco a poco he construido ambientes comunales.

Ese tipo de vínculos existen acá, en Medellín, no en Estados Unidos, por lo menos no en ambientes que yo conozco, como en el ambiente universitario. Antes yo no me enteraba de quién vivía en el apartamento del lado, hasta que me casé y me mudé a un vecindario de casas, a un ambiente de familias, porque tuvimos un hijo y estábamos buscando la educación de él, y allí tampoco me entero mucho de la vida de los otros, pero de vez en cuando uno escucha voces de niños; no hay aceras, por ejemplo, porque la gente entra en carro y el espacio no está diseñado para peatones, como en nuestros barrios, para que la



Editorial
Universidad de Antioquia®

gente camine y se desplace; entonces los vecindarios son completamente deshumanizados —diría yo—; llenos de árboles, unos paisajes muy bellos, pero indudablemente el lado humano no existe. Y por eso creo que ese aspecto se puede percibir en las dos historias que mencioné antes.

En una de las historias hay un personaje, una mujer, que tiene un amante... y es muy común en Estados Unidos que sea la mujer la que le insinúa al hombre que se quiere acostar con él. En el pasado, por esa razón, yo no me hubiera casado con una mujer, porque pensaba que era yo el que tenía que insinuar algo; una concepción patriarcal, sin duda. Todo eso me ha permitido contrastar el estar allá y el estar aquí, o el aquí de los Estados Unidos y el allá que es del corazón, que es de las raíces; entonces son juegos a través de los cuales no solamente percibo la realidad, sino que me percibo a mí mismo en un mundo que me resulta flotante, porque nunca soy feliz en Colombia y nunca soy feliz en los Estados Unidos...

¿Usted piensa que diferentes manifestaciones de la muerte, como la vejez o el asesinato, por ejemplo, son un eje importante de su libro?

Y de mi vida, indudablemente. El tema de la muerte me ha preocupado mucho. En el pasado yo le tenía mucho miedo a la muerte. Ese tema me ha escocado, en parte, porque algo que a mí me afecta mucho es haber visto amigos jóvenes perder la vida o amigos perdidos en el vicio, diciendo que no les importaba porque la estaban pasando muy bien y que no importaba lo que viniera porque, igual, no habían tenido nada.

Yo pienso que me he despojado del miedo con el que concebía la muerte hace mucho, con mi formación bajo la religión católica apostólica romana, porque yo estudié con hermanos cristianos, trabajé con curas, y ese contacto me llevó a pensar la muerte de otra manera, como parte de la vida, como el paso que sigue después de la vida, que no sabemos qué es, pero yo he sospechado que termina en el momento en el que ya no respiramos y lo que queda es lo que dejamos en aquellos que estuvieron cerca o en aquellos que nos leyeron... pero frente a la literatura también tengo mis sospechas porque hay mucho de vanidad en ella.

Este título puede adquirirse en la Librería de la Universidad de Antioquia, ubicada en el primer piso del Edificio de Extensión. Consulté su disponibilidad llamando al teléfono: (4) 219 80 12 o escribiendo al correo: libreria@udea.edu.co

Más información:

Editorial Universidad de Antioquia®
Calle 67 # 53-108, bloque 28, oficina 233
Ciudad Universitaria, Medellín
Tel. (57-4) 219 5010
Correo: editorial@udea.edu.co
<http://editorial.udea.edu.co>